

Tomás Rivera. *...Y no se lo tragó la tierra / ...And the Earth did not Devour Him*. Trad. Evangelina Vigil-Piñón. Houston: Arte Público Press, 1992.

Tomás Rivera nació en 1935 en Crystal City, Texas, pueblo ubicado en el Sur de Texas, y murió en 1984, en California. Pasó los primeros años de su vida trabajando como obrero migratorio en las fincas del suroeste de los Estados Unidos de Norteamérica. Fue rector de la Universidad de Riverside, en California. En 1970 fue galardonado con el premio de literatura Quinto Sol. De su experiencia laboral procede *...y no se lo tragó la tierra*, libro de cuentos publicado en 1971.

Tal como Rivera manifestó en alguna ocasión, el propósito fundamental de su obra es “capturar el espíritu de los pre-chicanos”, de los desprotegidos por la ley. Por motivos políticos, sus personajes no son los chicanos de la década de los setenta.

*...y no se lo tragó la tierra*, libro que recoge veintisiete cuentos, pretende celebrar el espíritu humano frente a la opresión:

*Siempre andaban buscando... I see that same sense of movement in the Europeans who came here, and that concept of justicia espiritual también. It was there. And the migrant workers still have that role: to be searchers... That's the spirit I seek... this is the positive image of the migrant as opposed to the negative one of him as lost in the stream of labor (Bruce-Novoa 151-152).*

La palabra *migrant* es una constante presencia en los cuentos de *...y no se lo tragó la tierra*. Sus personajes, eternos *seachers*, sufren las injusticias y los problemas de los trabajadores migratorios.

Los protagonistas se debaten en una constante violencia que, en última instancia, definirá sus vidas.

En el primer cuento, "Los niños no aguantaron", el dueño del rancho mata de un disparo a un niño. En "Un rezo", una madre llora la muerte del hijo que fue soldado en la guerra de Corea. "Los quemaditos" relata la tragedia de los niños que mueren cuando sus padres se encuentran trabajando. En "La noche que se apagaron las luces", Ramón, el protagonista, se suicida por amor.

La violencia forma parte de la vida cotidiana de todo ser humano, pero la posibilidad de padecerla cobra tintes de certeza en las comunidades de braceros. Una violencia externa, impuesta por el desamparo legal que padecen los inmigrantes; una violencia interna generada dentro del propio ámbito familiar, de la circunstancia de sentirse solo, de "ninguna parte".

Como consecuencia de su vida migratoria, los personajes de ...y *no se lo tragó la tierra* padecen inseguridad: no pueden disfrutar de un hogar que les brinde estabilidad tanto económica como emocional. En casi todos los cuentos del libro hay una alusión a un viaje o a la separación.

Los amantes de "La noche que se apagaron las luces" permanecen separados cuatro meses: Juanita radica en Minnesota y Ramón en Texas. Esta lejanía crea problemas en la pareja, mismos que provocan la muerte del protagonista.

En "La Nochebuena", los personajes viven en un pueblo de Texas, pero sus vidas permanecen encadenadas a un episodio durante su estancia en Wilmar.

En "Cuando llegamos...", nos presenta los pensamientos de un grupo de ilegales que viajan en *una troca*. Cada una de las reflexiones muestra las penosas circunstancias del largo trayecto desde Texas hasta Des Moines, Iowa:

Se quedó el negrito asustado cuando le pedí 54 *jamborgues* a las dos de la mañana. Y como entré solo en el restaurante y muy seguro, no vio que se paró la troca cargada de gente. Nomás se le saltaron los ojos... *at two o'clock in the morning, hamburgers? Fifty-four of them? Man, you must eat one hell of a lot.* Es que la gente no había comido y dijo el chofer que para no parar tanto y gastar tanto tiempo, que sólo uno se bajara y pidiera para todos. No me podía creer lo que le había pedido. Que quería 54.

Un doloroso itinerario que es revelado desde varios puntos de vista: "Yo creo que a lo más llevaremos unas cuarenta personas". El camino va acortando distancias —"Este chofer que traemos este año sí es de

los buenos... No se para nada. Nomás echa gasolina y dale. Ya llevamos más de veinticuatro horas de camino. Ya debemos estar cerca de *Dimoins*— y las incomodidades físicas se conjugan con la desesperación del grupo de desprotegidos que salieron en busca de la tierra prometida: “¡Este es el último pinche año que vengo para acá! Nomás que lleguemos al rancho y me voy a ir a la chingada. Me voy a ir a buscar un *jale* a Mineapolis. ¡Pura madre que vuelvo a Tejas!”. Los protagonistas desarrollan un lacerante diálogo consigo mismos. Quizá no exista un futuro, quizá ya no haya ninguna esperanza; quizá no exista esa tierra prometida:

cuando lleguemos, cuando lleguemos, ya la mera verdad estoy cansado de llegar. Es la misma cosa llegar que partir porque apenas llegamos y [...] la mera verdad estoy cansado de llegar. Mejor debería decir, cuando no lleguemos porque esa es la mera verdad. Nunca llegamos.

¿Cómo pueden los braceros soportar esa peligrosa vida trashumante? El título del libro da respuesta. La religión constituye un paliativo. En el título, Rivera alude al libro de los Números 16:30-34 de la *Biblia*, donde se señala que la tierra se tragará a todo aquel que no crea en Dios; de esta parte procede la tradición de no maldecir a Dios.

“La noche estaba plateada”, “...y no se lo tragó la tierra” y “Primera Comunión” presentan el enfrentamiento de los jóvenes con la religión de sus mayores.

El protagonista de “...y no se lo tragó la tierra”, cuento que da nombre al libro, es un joven que confronta en titánica lucha los valores morales dictados por la tradición y la dura realidad padecida por los braceros migratorios. Sus padres profesan una religión que no cuestiona sobre las injusticias de la vida; aceptan la voluntad divina sin oponerse. El joven se rebela ante esta actitud pasiva. “... y no se lo tragó la tierra” resume este choque de valores: mientras el jefe de familia padece insolación y la madre lava los escapularios y prende cirios, plenamente convencida dice que “todo estaba en manos de Dios” y que su papá “se va aliviar con ayuda de Dios”. El joven protagonista replica:

— ¿Por qué nosotros nomás enterrados en la tierra como animales sin ningunas esperanzas de nada? Sabe que las únicas esperanzas son las de venir acá cada año. Y como usted misma dice, hasta que se muere uno descansa. Yo creo que así se sintieron mi tío y mi tía, y así se sentirá papá.

— Así es, m'ijo. Sólo la muerte nos trae el descanso a nosotros.

— Pero, ¿por qué a nosotros?

— Pues dicen que...

— No me diga nada. Ya sé lo que me va a decir —que los pobres van al cielo.

Al día siguiente una nueva tragedia amenaza la paz del joven: durante su faena, ante un sol abrasador, un niño de sólo nueve años, hermano menor del protagonista sufre insolación. Ante esta contrariedad el joven

se empezó a enfurecer y luego comenzó a llorar de puro coraje. [...] Luego empezó a echar maldiciones. Y no supo ni cuándo, pero lo que dijo lo había tenido ganas de decir desde hacía mucho tiempo. Maldijo a Dios. Al hacerlo sintió el miedo infundido por los años y por sus padres. Por un segundo vio que se abría la tierra para tragárselo. Luego se sintió andando por la tierra bien apretada, más apretada que nunca. Entonces le entró el coraje de nuevo y se desahogó maldiciendo a Dios.

Al día siguiente mejoraban su padre y su hermano. El joven no dijo nada a su madre de su maldición, pero se sentía mejor. Tenía una gran paz. Este personaje es muy similar al propio Rivera.

El título del libro es quizás una metáfora de la experiencia de los braceros, quienes buscaban su sitio en la tierra, su modo de vida. En una lucha cotidiana, resistían la tentación de permitir que la tierra se los tragara. Su destino, tal como Rivera había manifestado en otras obras, era continuar buscando.

WENDELL M. AYCOCK  
*Texas Tech University Lubbock*

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

BRUCE-NOVOA, JUAN D. *Chicano Authors: Inquiry by Interview*. Austin: University of Texas Press, 1980.